



CLODOMIRO ALMEYDA

LENIN, ARQUETIPO DEL POLITICO REVOLUCIONARIO

Nada tan fácil y tan inocuo como querer caracterizar a un hombre mediante la suma de sus respectivas cualidades, mediante la enumeración exhaustiva de rasgos y condiciones. De allí no surge imagen alguna coherente ni estructurada. De esa suma y de esa enumeración no emana una fisonomía, no fluye un sentido, que es lo que en definitiva define a una individualidad concreta.

Si pensamos en Lenin, si queremos comprenderlo, mal camino sería en consecuencia querer hacer un inventario que registre todas sus relevantes cualidades como hombre y como revolucionario. Con ello no avanzaríamos un ápice en nuestro propósito. A la postre, tendríamos un Lenin caracterizado por poseer en grado sumo tales y cuales condiciones valiosas y excepcionales, lo que ya sabíamos aunque sea en forma confusa, desde un comienzo. Por algo Lenin preocupa. Por algo este centenario de su nacimiento es una fecha hacia la que se dirige ahora, sin exageración, la atención de todo el mundo.

La esencia del valor de Lenin está en la trama de relaciones que lo unen al escenario humano en que nació y vivió y en la índole específica de esas relaciones con su circunstancia, que configuran en él la imagen más cercana que podamos encontrar en la historia de nuestro tiempo, de una índole especial y relevante de hombre, que es el político revolucionario. Lenin fue hombre de su tiempo, que es el nuestro, y ese tiempo lo vivió y penetró como político y como revolucionario. Su personalidad resume así toda una época y una actitud humana frente a la misma que fue y es significativamente creadora. Su obra se ha hecho carne de la historia y a través de la acción de Lenin, esa historia se ha abierto camino hacia adelante, cambiando de ruta, elevando el plano en el que se desenvolvía hasta entonces.

Intentemos brevemente sintetizar la significación de Lenin, o más bien dicho, precisar el tipo de relaciones que lo unen a la realidad, lo que nos llevará a encontrar

Portal del Socialismo Chileno

Biblioteca Clodomiro Almeyda

en él al arquetipo de una especie relevante de individualidad, que es la del político revolucionario.

Nuestra época ha sido definida como la época del tránsito del capitalismo al socialismo, como la época, por tanto, de la Revolución Socialista y de la construcción del socialismo, primero, y de la sociedad comunista, después. Esta caracterización envuelve a su vez un condicionamiento objetivo del comportamiento humano, que es inescapable para valorar la relación que el hombre de este tiempo guarda con su época.

En efecto, cuando definimos así nuestra época, no estamos definiéndola en su mero aspecto político, o si se quiere, económico-social. No, estamos definiendo la totalidad de lo que es humano en este tiempo. En etapas anteriores del acontecer histórico, bien puede caracterizarse esencialmente a cada una de ellas por algún rasgo que no fuere político. Puede que en algunos períodos haya sido el momento técnico el directamente dominante, por eso sea justo hablar quizás, de Edad de Piedra, o de Edad de Hierro; puede que en otros lo haya sido alguna esfera de la llamada superestructura ideológica, el arte o la religión, por ejemplo. En la época del capitalismo ascensional, fue lo meramente económico lo dominante y lo es todavía en nuestro tiempo en la medida que nos colocamos en el punto de vista de la práctica burguesa que en ella se desarrolla. Cada una de esas épocas tuvo también sus características políticas o parapolíticas y puede caracterizarse políticamente; pero en esos casos esa caracterización política no alcanzaba a incluir la totalidad de la misma, ya que no era el quehacer político lo privilegiado. No ocurre lo mismo ahora. En nuestra época cada vez más lo político y las características que lo político asume en esta hora, llegan a ser el momento dominante en su estructura y en su sentido, de manera que es la impronta política de nuestro tiempo, lo que define a la totalidad de la vida social y a la historia toda que estamos viviendo.

Cuando estamos definiendo esta época como la del tránsito del capitalismo al socialismo, como la época de la Revolución Socialista, estamos definiendo a la integridad de la circunstancia histórica en que vivimos en términos políticos y, a la vez, estamos otorgándole a lo político su más pleno significado. Estamos definiendo a la época que vivimos políticamente porque la transformación de la sociedad burguesa en sociedad socialista como etapa hacia el comunismo, es una tarea humana que se logra políticamente, que se realiza al nivel político. No es una empresa artística ni religiosa, ni una aventura técnica ni una conquista de la ciencia o de la filosofía, ni un avance en la productividad económica; aunque algo de todo eso pueda condicionar esa tarea o ser su resultado. El cambio, —como se dice ahora eufemísticamente—, del capitalismo al socialismo adviene por vías políticas, es más, la esencia de la lucha política en esta hora es la cuestión de quién gana a quién: el socialismo o el capitalismo.

Al mismo tiempo, en esta tarea de transformación social, de remodelamiento de la sociedad por el hombre, conduciéndose racionalmente, la política alcanza por vez primera y última, su plena identidad como práctica específica. Antes, la actividad política no se encontraba cabalmente diferenciada de otras actividades ni había adquirido conciencia de sí misma; con la política actual, con la actividad política revolucionaria, la política por fin adquiere como instancia específica de la conducta humana su perfil completo y llega a ser consciente de sí, a través de la teoría revolucionaria. Por fin, la transformación consciente de la sociedad por el hombre, persiguiendo metas racionales, llega a ser posible y, al mismo tiempo, por fin, la política puede ser capaz de gobernar, de dominar a la vida social, colocándola al servicio del hombre.

Portal del Socialismo Chileno

Biblioteca Clodomiro Almeyda

De las reflexiones anteriores fluye que el tipo humano que en el escenario histórico que vivimos asume el sentido de su tiempo, es el del político y más concretamente, el del político revolucionario.

La adecuada comprensión de estos asertos exige algunas precisiones. Hay muchas variedades de políticos. Si quisiéramos hacer una tipología de las disímiles conductas humanas ligadas a la política, podríamos distinguirlas según el tipo de práctica con que se relacionan con la actividad social, que es la materia prima con la que el político actúa y a la que quiere influir o modelar.

Tenemos, en primer lugar, aquellos que accediendo a la política por la vía del pensamiento, realizan una práctica teórica, de alcance político. Cuando el nivel de abstracción en que se desenvuelve su quehacer teórico es muy alto, estamos en presencia del filósofo político. Cuando la problemática que teorizan, el contexto que analizan, es una situación concreta, estamos en presencia de lo que podríamos llamar propiamente el analista político, o, si se quiere, el teórico político.

En segundo lugar, tenemos aquellos que acceden al quehacer político por la vía de la práctica política propiamente tal. No manejan ideas o conceptos, como los primeros, sino manejan fuerzas, hombres, situaciones. Estos hombres, los políticos propiamente dichos, pueden a su vez ser clasificados según sea el papel que cumplen en la empresa de luchar por el poder. Hay una primera fase de movilización de fuerzas, de agitación social y de concientización, destinada a despertar y a colocar en disponibilidad a los actores potenciales del proceso político. Quienes se destacan en esta tarea son los **agitadores**. Hay una segunda fase de organización, articulación, preparación y concientización, a un nivel más profundo que en la anterior de las fuerzas de que se dispone para la lucha. Quienes se destacan en esta segunda tarea de la práctica política, son los **organizadores**. Hay una tercera fase, por último, en el proceso político, que apunta a la forma como se enfrenta al adversario para hacer posible el triunfo. Se trata de la política de alianzas necesarias para ser más fuertes que el enemigo. De buscar la mejor oportunidad para atacar. De saber cómo dividir al adversario, de cómo aislarlo, cercarlo y debilitarlo. Quienes se destacan en esta fase de la lucha política son los **estrategas** o **tácticos políticos**. Estrategas, si su capacidad se emplea para resolver una problemática vasta, en un contexto inclusivo. Tácticos, si su habilidad se manifiesta al nivel de una cuestión más concreta, más particular, menos inclusiva.

Hay, por último, y en tercer lugar, quienes acceden a la política por la vía del dominio que poseen de alguna ciencia o técnica que resulta necesaria para poder instrumentar e implementar una política. Su práctica no es esencialmente política. No son propiamente políticos; pero su actividad se articula con la de los políticos y un relativo dominio de la técnica por éstos, facilita ese vínculo y favorece la eficacia de su acción. Esa técnica puede ser la técnica militar, o la técnica proveniente de la aplicación práctica de la economía, de la psicología social, etc, etc.

Desde otro ángulo, pueden los políticos distinguirse según su tarea se realice para capturar el poder o para utilizarlo. En este último caso, cuando se sabe utilizar el poder para alguna meta más o menos trascendente, se habla del **estadista** u **hombre de Estado**.

Filósofos políticos relevantes lo fueron desde Platón o Aristóteles, hasta Marx, pasando por Tomás de Aquino, Rousseau, Montesquieu, Comte y tantos otros. Teóricos políticos o analistas políticos lo fueron y lo son quienes son capaces de analizar una determinada situación política con lucidez, sacando de ello las consecuencias necesarias para planear en abstracto una política determinada tomando en cuenta la especificidad de esa situación.

Portal del Socialismo Chileno

Biblioteca Clodomiro Almeyda

Dentro de los políticos propiamente tales, agitadores son quienes con su palabra oral o escrita mueven y conmueven a las masas. El orador de masas, el periodista panfletario son sus tipos más destacados. Organizadores son los que se muestran capaces de construir un partido, dirigir una campaña electoral, crear un ejército, planear y ejecutar un plan de gobierno que exija reunir y disponer recursos humanos, organizando voluntades. Estrategas o tácticos lo son desde quien concibe un plan de operaciones militares en una guerrilla, hasta quien es capaz de forjar una combinación electoral victoriosa o darle jaque mate a un gabinete en el Congreso en un régimen parlamentario.

Un ejemplo de políticos que facilitan la implementación de sus propósitos con el dominio de una técnica determinada, lo ofrece un Trotsky, como militar, o un Fidel Castro, que ha asimilado lo esencial de las técnicas agropecuarias para poder promover con eficacia la realización de sus ambiciosos planes agrícolas.

Ahora bien, la política en general, y en consecuencia, cada una de estas variedades o especies de políticos, asume una inflexión especial según sea el contexto social y la tarea de clase que interpretan y promueven.

En el plano de la relación entre filosofía y política, es muy otro el vínculo que une al filósofo burgués, del que liga al filósofo revolucionario con su respectiva práctica política. Desde luego, el filósofo burgués no tiene necesariamente conciencia del carácter de clase de sus reflexiones. No tiene conciencia de su compromiso objetivo con una práctica de clase. Se cree libre y soberano. El filósofo revolucionario, a la inversa, tiene conciencia de su compromiso. Aún más, la esencia de su aporte teórico consiste precisamente en tomar conciencia de su compromiso, en definir la filosofía de su época como un compromiso con la tarea de reconstruir la existencia humana. "Los filósofos hasta ahora no han hecho sino interpretar al mundo; ahora les corresponde transformarlo" (Marx). Complementariamente, el político burgués no tiene necesariamente que asumir una filosofía, y si la asume, no tiene por qué darse cuenta de ello. El político revolucionario, al contrario, tiene necesariamente que asumir una posición filosófica; tiene, para ser realmente revolucionario, que tomar conciencia filosófica de su tiempo y de su época y del papel que en ella juegan los hombres, y él mismo, particularmente. "Sin teoría revolucionaria, no hay acción revolucionaria" (Lenin).

Al nivel de la práctica específicamente política, también hay diferencias. El político burgués, no obstante no estar consciente de serlo, es en esencia un administrador del orden social burgués o un aspirante a serlo. El político revolucionario, que necesariamente tiene que ser consciente de serlo, no busca el poder para administrar un orden dado, sino su misión es precisamente demoler ese orden y construir uno nuevo en su reemplazo. Desde este punto de vista, como se dejó ya dicho, es el político por antonomasia, si por política entendemos la acción humana encaminada a someter a la sociedad a los designios, intereses y necesidades humanas. De ahí que el político burgués puede simplemente buscar el poder por el poder, ya que con ello no contradice su rol de mero administrador del sistema. El político revolucionario no puede sino buscar el poder para realizar algo, para transformar la materia prima sobre la que opera, cual es la sociedad. Puede haber político burgueses "politiqueros", cuya habilidad consiste en saber conquistar poder y situaciones; pero no puede ser "politiquero" un político revolucionario, para quien el poder es sólo un medio al servicio de una tarea que trasciende su interés personal. Un hábil "político" burgués es quien domina la técnica de la búsqueda y de la conservación del poder. Con sólo ser diestro en estas técnicas cumple su rol de clase. El político revolucionario coloca esa destreza al servicio de la empresa de transformación social, con lo cual imprime a su propia faena de buscar el poder y de utilizarlo después, un rol sustantivo. Porque ser capaz de conquistar el poder y de

Portal del Socialismo Chileno

Biblioteca Clodomiro Almeyda

utilizarlo eficazmente —funciones adjetivas— implican y suponen hacer la Revolución, función sustantiva. En otras palabras, no puede un político, en la época de la Revolución, ser político sin ser político revolucionario.

La tarea revolucionaria es pues, compleja. Comienza con una toma de conciencia de la situación social universal generada por el capitalismo, desde el ángulo de la condición obrera. De esa condición, que es producto neto del capitalismo, surge la necesidad de destruirlo construyendo el socialismo. La emergencia de esa toma de conciencia original supone vivir una experiencia y sobre esa experiencia, analizar el mundo, reflexionar, teorizar. Es la función que cumple en su más alto y profundo nivel la filosofía revolucionaria. Marx y Engels pudieron en sus personas reunir las condiciones individuales para tomar esa conciencia y producir la teoría revolucionaria: el marxismo. El resultado de su trabajo fue una teoría, un sistema de conceptos hábiles para transformar al mundo, comprendiéndolo. Su práctica revolucionaria fue teórica. Claro es que por ser teóricos revolucionarios, estaban comprometidos y se proyectaron en la práctica política propiamente tal. Lucharon en los hechos, fueron reprimidos, deportados, combatidos. Ellos a su vez agitaron, organizaron y combatieron. Pero su obra esencial es un producto teórico, el marxismo, supuesto a su vez de toda política revolucionaria.

Marx y Engels no sólo teorizaron al nivel más abstracto y general. También secundariamente desarrollaron su propia teoría en el análisis de situaciones concretas. Fueron también, por ende, analistas políticos. El XVIII Brumario de Marx y La Guerra de los campesinos de Engels testimonian su capacidad analítica. Pero estos trabajos fueron circunstanciales en su quehacer práctico. Su contribución teórica, más que analítica, fue filosófica.

La obra de Lenin, a diferencia de la de Marx y Engels, en lo esencial, fue política, proveniente de la práctica política. El producto de su trabajo político fue el partido bolchevique, primero; la Revolución Rusa, después, y el comienzo de la construcción del socialismo, por último. El resultado de su quehacer, no fue tanto un sistema de ideas, sino una realidad social fáctica, que existe fuera de la conciencia de los hombres. La materia prima con que trabajó fueron los hombres, las clases, las fuerzas sociales, no los conceptos ni las ideas. Lenin fue esencialmente un político.

Pero como Lenin fue un político revolucionario, su quehacer político supone la asunción de una posición que resulta de una toma de conciencia, de una captación teórica de la esencia de la situación histórica en la que actúa y cuya problemática pretende resolver. En otras palabras, el ser un político revolucionario supone la asunción de una postura filosófica, la de la teoría revolucionaria, la del marxismo. Ya el propio Lenin señaló que sin teoría revolucionaria no hay acción revolucionaria. La toma de conciencia crítica de la sociedad capitalista, que no otra cosa es el marxismo, supone a su vez una toma de posición, una actitud y una conducta práctica: la del revolucionario. Ambos momentos, el teórico y el práctico, son inseparables y complementarios dentro de la praxis que engloba a ambos.

Lenin, por ser un político revolucionario, fue un político marxista; asumió, asimió y dominó el marxismo. Pero su relación con la filosofía marxista fue incluso más estrecha. No se limitó a ser marxista consecuente; profundizó también, por su cuenta, el pensamiento filosófico marxista. Fue también, entonces, un filósofo en esa medida. Su trabajo en este plano no fue lo esencial ni en su vida ni en su obra, pero también se aplicó al quehacer filosófico, quizás en la medida necesaria para cimentar su faena política con la solidez y consecuencia que lo hizo.

Portal del Socialismo Chileno

Biblioteca Clodomiro Almeyda

Y cosa curiosa. Los tres trabajos de Lenin en el orden filosófico, alejados un tanto de la problemática diaria e inmediata, apuntan a los tres temas o aspectos cardinales de la filosofía marxista. En su **Materialismo y Empiriocriticismo**, Lenin profundiza el aspecto materialista del marxismo a través de la crítica del pensamiento idealista de Mach y sus discípulos. En sus **Cuadernos filosóficos**, Lenin profundiza y comenta el aspecto dialéctico del marxismo, su vertiente metodológica proveniente de Hegel. En **El Estado y la Revolución**, Lenin profundiza, glosa y desarrolla la teoría marxista de la sociedad y del Estado, el tercer aspecto básico de la filosofía marxista que sirve de puente o enlace directo con la teoría de la revolución, —propiamente dicha. Esa teoría de la revolución, Lenin no la desarrolló sistemáticamente; la hizo en la práctica. El filósofo cedió su lugar al político, porque Lenin fue eso: un político. En el prólogo de la primera edición de **El Estado y la Revolución**, después de anunciar su propósito de completar ese trabajo con ulteriores teorizaciones sobre la Revolución, Lenin advierte que esta segunda parte seguramente tardará mucho en aparecer, “porque es más agradable y más provechoso vivir la “experiencia de la revolución” que escribir acerca de ella”. Estas palabras fueron escritas el 30 de noviembre de 1917. Esta sola fecha lo dice todo.

El marxismo como filosofía es una crítica de la sociedad capitalista en su esencia. No pretende interpretar ni reflejar las formas concretas que asumen las distintas sociedades capitalistas determinadas en sus contextos específicos. El marxismo es un sistema conceptual que penetra, explica y critica una sociedad abstracta, no por ello menos real, ya que es su esencia la que es develada. Pero esas nociones abstractas no sirven para nada si a base de ellas se quiere operar sobre la realidad. Y los dogmáticos que así proceden se topan frente a “los porfiados hechos” (Lenin) que son siempre concretos y que no obedecen al conjuro de recetas simplistas.

Para que el marxismo fecunde e inspire a la acción revolucionaria es menester que se desarrolle, es decir, es menester que se vaya acercando progresivamente desde su abstracción esencial hasta la circunstancia concreta. Sólo cuando la teoría general es desarrollada en teorías específicas que la suponen; pero que la enriquecen al tomar en cuenta las particularidades específicas de una situación dada, sólo entonces ese marxismo deviene en arma todopoderosa. No cuando teoriza sobre lo general y abstracto, que estando en todas partes no está en ninguna, sino cuando teoriza sobre lo progresivamente concreto, cuando, como dijo Lenin, llega “al análisis concreto de la situación concreta”. Tal es la tarea del analista político marxista, del teórico revolucionario, o si se quiere del político teórico. Esta función analítica es todavía una práctica teórica; pero es a la vez ya una práctica política, porque es “el análisis concreto de la situación concreta” el que orienta y determina a la acción revolucionaria.

En la medida que ya el análisis político es una tarea, a la vez de la práctica teórica y de la práctica política, Lenin como político revolucionario fue también un insigne político teórico. Desarrolló el marxismo en circunstancias especiales, teorizó sobre situaciones más complejas que el “capitalismo puro” que fue el objeto de la reflexión de Marx. En este sentido, Lenin desarrolló el marxismo, fue creador y su aporte al acervo teórico del marxismo en el sentido indicado es comparable a la magnitud y significación de su obra política. Es más, sin este desarrollo creador del político teórico, no habría podido consumarse la obra revolucionaria que lo inmortalizó.

El proceso de desarrollo creador del marxismo, esa marcha de lo abstracto a lo concreto, se da en un doble sentido. En primer lugar, desarrollando el marxismo en el sentido de tomar en cuenta los cambios ocurridos con el tiempo que alteran el modelo inicial del “capitalismo puro” analizado por Marx; y, en segundo lugar desarrollando

Portal del Socialismo Chileno

Biblioteca Clodomiro Almeyda

el marxismo en el sentido de tomar en cuenta las particularidades regionales o nacionales de un contexto social determinado.

Lenin fue un marxista creador en este doble sentido. Teorizó sobre las modalidades nuevas que asumía el capitalismo en su época y que lo diferenciaban del capitalismo clásico analizado por Marx. Teorizó sobre las particularidades nacionales que el capitalismo asumía en la Rusia de su época, planteando una situación concreta original.

La primera tarea teórica la realizó Lenin a través de su libro, **El imperialismo, fase superior del capitalismo**. Allí desarrolló la teoría marxista del capitalismo dando cuenta de la naturaleza que éste había adoptado en su época, caracterizada por el fenómeno imperialista. Lenin señala las diferencias entre el capitalismo competitivo de la primera mitad del siglo XIX y la del capitalismo monopolista en su etapa imperialista. Elabora así una teoría específica, prolongación de la teoría marxista general, sobre la situación histórica determinada por el imperialismo, caracterizándola adecuadamente y sacando las consecuencias necesarias para la estrategia y la táctica de los revolucionarios. En esta materia Lenin fue el primer teórico que se preocupó de los problemas del subdesarrollo y la dependencia, que ahora tanto inquietan a los científicos sociales contemporáneos.

La segunda tarea teórica, en esta dirección creadora, la realizó Lenin en su obra **El desarrollo del capitalismo en Rusia**. Allí descendió desde las abstracciones genéricas que definen al capitalismo “puro” hasta los niveles complejos de la sociedad rusa en la que aquel modo de producción toma formas originales y novedosas, se combina con texturas sociales provenientes de otras formaciones productivas y recibe ya el impacto de la penetración imperialista. De su análisis surgen ya las características centrales de la política revolucionaria en los países económica y culturalmente atrasados, y queda ya diseñado lo que más tarde será conocido como la ley del desarrollo desigual y combinado.

Lenin enriquece así el capital teórico del marxismo al proyectar en la situación mundial originada por la emergencia del imperialismo en el contexto específico de un país atrasado. En este desarrollo creador del marxismo en las nuevas condiciones de su tiempo, está latente lo que Lukacs, en su penetrante ensayo sobre Lenin, denomina el concepto de la “actualidad de la Revolución”. Es decir, la idea de que la humanidad en su conjunto, considerada como totalidad, está madura para la Revolución Socialista, y sólo es menester buscar el “eslabón más débil” del sistema para desencadenar un proceso irreversible e ininterrumpido que conducirá al derrumbe integral de la sociedad capitalista. La idea de que, estratégicamente hablando, el mundo está ya maduro para el socialismo, y de que la Revolución está a la orden del día, aparece como el resultado políticamente más relevante del análisis leninista de su época y de su país. La significación de esta hipótesis que él puso a prueba en Octubre de 1917, adquiere todo su valor si pensamos que esta concepción fue formulada en un período en que el mecanicismo oportunista de la II Internacional dominaba en la teoría y en la práctica del movimiento obrero. Cuando se define a nuestra época como la época de la Revolución Socialista y se hace comenzar este período con Octubre de 1917, cuando Mao-Tse-Tung expresa que, estratégicamente considerado, el imperialismo es un tigre de papel, se está apuntando a esta esencial concepción leninista de la actualidad de la Revolución que su creador desarrolló en sus años mozos, que le sirvió de norte y de inspiración en toda su actividad revolucionaria y que todavía hoy, más aún que entonces, debe servir de telón de fondo para plantear y promover la empresa revolucionaria.

Lenin, lo hemos dicho y lo repetimos, no obstante su profunda asunción del marxismo,

Portal del Socialismo Chileno

Biblioteca Clodomiro Almeyda

que profundizó en algunos aspectos, y no obstante la creación intelectual que envuelve su teoría del imperialismo, del desarrollo desigual y combinado y de la actualidad de la revolución; no obstante esta valiosa contribución, no fue esencialmente un teórico, sino un político. Se realizaba trabajando con hechos, no con conceptos. Se satisfacía generando hechos, no ideas.

De ahí que su labor analítica no se limitara a la caracterización, por fuerza abstracta también de situaciones más específicas que las que preocuparon a Marx, pero siempre inclusivas y generales como las que hemos citado. No; Lenin, que quería hacer la Revolución precisamente porque había advertido conceptualmente su posibilidad, descendía en sus análisis a la consideración teórica de situaciones absolutamente concretas y singulares, de aquellas que precisamente lo rodeaban, para sobre ellas concebir una línea y una conducta política revolucionarias. Es éste el punto en que se entrecruza el Lenin teórico con el Lenin político. En el "análisis concreto de la situación concreta", como él decía, se une dialécticamente la teoría y la práctica y surge esta última, lúcida y eficaz.

Hay muchos testimonios de su capacidad analítica que podríamos citar por vía de ejemplo. Bástenos con hacer referencia a sus famosas tesis de abril de 1917, en las que, recién llegado a Rusia y frente a la diversidad de opiniones entre los bolcheviques sobre la situación política, con la consiguiente confusión, aplica su escalpelo conceptual y muestra el cuadro real existente y las posibilidades que se abren y que no se abren para la Revolución. O a sus luminosos análisis políticos de las vísperas de Octubre, de donde concluye como, objetivamente entonces, ni antes ni después, era necesario subordinarse para tomar el Poder. O su fría y esclarecedora visión del cuadro creado una vez cesadas las hostilidades con los alemanes, ante las brutales exigencias e imposiciones de estos últimos, que provocaron las más disímiles, atolondradas e idealizantes reacciones en la dirección bolchevique. En todas estas circunstancias y en tantas otras más, la capacidad analítica de Lenin llevó la luz a los revolucionarios rusos y les permitió acometer con éxito las políticas que fluían de esos análisis. Demostró así Lenin que no se es marxista en balde, y que precisamente por ser él marxista consecuente y creador a la vez, es que pudo responder original y revolucionariamente al reto de una realidad siempre nueva e imprevista.

El análisis teórico de la situación concreta señala el lugar geométrico donde el teórico político se transforma en político teórico, vale decir en político revolucionario. Dijimos ya que la práctica política propiamente tal, que se inspira en la teoría a través del análisis de la situación concreta, comprende varias especies de actividades, fundamentalmente la agitación, la organización y las operaciones estratégico-tácticas. Lenin desarrolló su política actuando en esas tres fases. Fue agitador, fue organizador y fue estratega y táctico.

La agitación revolucionaria es una agitación comprometida social y teóricamente. Comprometida socialmente, porque se trata de mover y conmover a fuerzas sociales en un comienzo pasivas, reticentes o desconfiadas; pero potencialmente subversivas, para llevarlas a la lucha y conducir las al triunfo. Comprometida teóricamente, porque esa movilización de masas en pos de aquello que pueda interesarlas y conmoverlas, debe servir para educarlas políticamente, a fin de que adquieran progresivamente una conciencia revolucionaria, una conciencia de clase que supere su original particularismo corporativo.

Lenin fue maestro en esta actividad del quehacer revolucionario. No se limitó a concebir una política y a convencer de su justeza a la dirección del movimiento. Comprendía que ello de nada valía si no la convertía en fuerza, si no la traducía en hechos

Portal del Socialismo Chileno

Biblioteca Clodomiro Almeyda

llevando esa política a las masas y desencadenando con ello una conmoción social. Y él mismo acometía esa empresa, utilizando tanto la palabra escrita como verbal, convirtiéndose en periodista revolucionario, en orador de masas, en educador de multitudes. Como agitador periodista, he ahí su labor en *Iskra*, el periódico que concibió, organizó y sacó a la calle para difundir la nueva verdad. A través de su actividad en el periódico, Lenin hizo de sus ideas y las de su partido, un elemento de movilización y concientización popular. Como orador de masas, tanto frente a la muchedumbre anónima, como ante un Congreso de su partido o de los Soviets, Lenin emocionaba, convencía, llamaba a la acción y llevaba efectivamente a ella. No escribía ni hablaba para que le encontrarán la razón, sino para que la energía humana, material y espiritual, se volcara a la acción, enfrentara al enemigo y conquistara físicamente la victoria. No buscaba, ni menos se contentaba, con triunfos intelectuales o morales. Quería y luchaba, como político que era, por el Poder, para hacer la Revolución.

Gran parte, la mayoría seguramente, de sus escritos periodísticos, de sus discursos en las más diferentes circunstancias, de sus folletos, y de sus panfletos, se inscriben por su tono y finalidad, en lo que fue su actividad como agitador. Mientras en su quehacer teórico, podía prescindir del corazón ardiente para quedarse con el cerebro frío, para agitar a las masas, hacerse comprender por ellas, ganar su confianza, confundirse con sus aspiraciones y saber orientarlas —que eso es hacer agitación revolucionaria— para eso sí que es necesario fuego en el corazón y en las palabras. Y las masas lo advertían en Lenin, pese a su rigor y a su repugnancia por la demagogia. Lenin agitaba con la verdad. Nunca recurrió al recurso fácil y populachero. Nunca halagaba a la masa ni descendía hacia ella con el fin de cosechar aplausos que se desvanecen como pompas de jabón. Prefirió muchas veces la derrota, a la victoria comprometida, lograda con el engaño o la conciliación con el error.

No obstante sus condiciones agitativas, a nuestro juicio, la obra maestra de Lenin como político, fue la realización de su concepción del partido revolucionario. Allí se reveló Lenin como artífice del instrumento de la Revolución, que es el partido, sin el cual no hay, en verdad, ni real toma del poder ni menos aún puede haber construcción socialista. El proceso de organización del partido revolucionario es ya el comienzo de la construcción del socialismo. No se puede independizar la naturaleza del instrumento de la finalidad que persigue. La Revolución se prefigura, se anticipa en el instrumento que la realiza. De allí que el carácter que Lenin teóricamente le asigna al partido y que luego es capaz de convertir en hechos, es a su vez el carácter que distingue y marca a la Revolución Socialista.

No es ésta la ocasión para extenderse en reflexiones acerca de la teoría leninista del partido. Bástenos destacar sólo algunos rasgos de sus concepciones y prácticas organizativas que nos permiten valorar adecuadamente la magnitud de su creación en esta materia. Desde luego, Lenin concibió la organización en función de la naturaleza de las tareas políticas que procedía desarrollar en determinado medio social. Su modelo de partido se ajusta, no sólo a las características que necesariamente debe tener toda organización que articule comportamientos políticos de signo revolucionario y socialista, sino específicamente también, a las peculiaridades del quehacer político en la Rusia zarista de principios de siglo. No hay rasgo del ambiente en que debía moverse el revolucionario, que no fuera recogido y no encontrara su réplica en la naturaleza de la organización. El centralismo democrático, la organización celular, el número de sus integrantes, la naturaleza de los enlaces entre sus diferentes organismos, el sistema de reclutamiento, el régimen disciplinario, etc. son todas características orgánicas que reflejan como Lenin supo adaptar a la realidad de su época y de su país, la estructura del parti-

Portal del Socialismo Chileno

Biblioteca Clodomiro Almeyda

do revolucionario, que a fin de cuentas fue su partido.

En resumen, la estructura de su modelo partidario se ajusta como la llave a la cerradura, a las modalidades de lucha impuestas por las condiciones de una dictadura autocrática y tradicional en un país grande, atrasado, con mayoría abrumadora de campesinos; una pequeña, pero combativa clase obrera y una reducida, pero lúcida intelectualidad radicalizada.

En un plano más general, Lenin definió acertadamente al partido como la síntesis entre el movimiento obrero y la teoría revolucionaria, distinguiendo claramente entre la política de clase promovida por el partido, concebida como agente real de la praxis revolucionaria, y las aspiraciones inmediatistas y economicistas al nivel de la conciencia corporativa. Supo pues distinguir entre la clase y su partido, que es su conciencia y su vanguardia; pero que no se confunde con ella. Y advirtió también Lenin los peligros que encierra esa concepción del partido, al hacerlo proclive al burocratismo y a devenir en una dictadura sobre la masa, aislándose de ella. En sus últimos años se preocupó especialmente de este problema, intentando defender su concepción del centralismo democrático, ante las tendencias autocráticas de una burocracia que en su testamento ya presentía sería encarnada por Stalin.

Concepto eje de las concepciones organizativas de Lenin fue la idea del revolucionario profesional como núcleo del partido, y definido como un hombre cuya actividad fundamental es el trabajo revolucionario, sin lazos que lo comprometan con el sistema social que combate, hasta el extremo que su subsistencia deba depender del Partido y no del ejercicio de alguna actividad lucrativa en el seno de la sociedad global. Subyace en el fondo de esta concepción, la idea de que para que el dirigente revolucionario pueda ser consecuente, es preciso evitar que su inserción en la sociedad global a través de alguna actividad lucrativa pueda oscurecer o deformar su perspectiva revolucionaria. La entrega absoluta a la causa y al partido aparece así como ingrediente necesario para quienes tienen la responsabilidad de dirigir el movimiento revolucionario.

Lenin practicó su ideal orgánico. No fue un "teórico" de la organización sino un organizador y sus concepciones organizativas se forjaron en la experiencia concreta de su trabajo revolucionario. No teorizó solamente sobre el revolucionario profesional. Fue un revolucionario profesional y subordinó en su vida, con una consecuencia increíble, todo lo que hacía, a las exigencias de su faena revolucionaria. No sólo él actuó en esa forma, sino que supo hacer que su partido y su liderazgo actuaran en forma similar y se articularan conforme sus ideales organizativos para mejor cumplir su cometido subversivo y concientizador. Creó así una realidad fáctica: el instrumento concreto para una revolución, el agente idóneo para llevar a cabo la transformación socialista de la sociedad a través de la captura del poder. Probó ese instrumento en Octubre exitosamente y señaló por tanto una metodología creadora al respecto que no ha sido emulada con posterioridad.

De un correcto análisis político de la situación concreta, de una adecuada labor agitativa para despertar y lanzar al combate a las fuerzas que en esa circunstancia y conforme a su análisis, son potencialmente subversivas, y de una idónea política organizativa de dichas fuerzas, fluyen necesariamente una estrategia y una táctica correctas. No es de extrañar así, que la unión en Lenin de su capacidad analítica y de su aptitud agitativa y organizadora, emergiera naturalmente el elaborador de líneas estratégicas y tácticas eficaces y certeras. La eficacia de una línea estratégica o táctica depende de lo certero del análisis político que la condiciona y de la capacidad agitadora y organizativa para aprovechar los recursos que la situación revolucionaria coloca a disposición de las vanguardias dirigentes. El aprovechamiento óptimo de las condiciones crea-

Portal del Socialismo Chileno

Biblioteca Clodomiro Almeyda

das por la derrota rusa frente a los alemanes en 1917, para poner en juego a su partido para la conquista del poder, con la consiguiente política de alianzas y de aislamiento y debilitamiento del enemigo de clase fundamental, constituye la máxima hazaña política de Lenin y lo inscribe definitivamente entre los más geniales estrategias y tácticos políticos que ha producido la humanidad.

Lenin fue así el artífice fundamental de la Revolución Rusa, la primera revolución socialista en el mundo. Y como subproducto de su actividad al respecto, dejó sus reflexiones teóricas sobre la naturaleza y condiciones de la situación revolucionaria, clásicas ya en la ciencia política, y que han servido y sirven de base todavía a los más profundos estudios sobre la materia.

Distinguámos más atrás entre el político cuyo arte consiste en saber ganar el poder, de aquel que se realiza fundamentalmente desde el poder, poniendo en práctica los objetivos buscados, el llamado estadista u hombre de Estado.

Lenin fue un hombre de Estado. No sólo el revolucionario que se agosta y consume en la búsqueda exitosa del poder, cediendo luego el paso a otros hombres que le suceden después para realizar desde arriba sus metas políticas. Una vez logrado el Poder, supo utilizarlo y en las nuevas condiciones de la revolución triunfante, supo desplegar con la misma eficacia que desde el estado llano, sus aptitudes de analista político, agitador, organizador, estrategia y táctico.

Tanto en la lucha por el poder, como desde el poder, su conducta fue siempre presidida por una concepción dialéctica del proceso político. Tanto el Partido como el Estado, a juicio de Lenin, debían desarrollarse y encontrar su línea justa combatiendo y superando en la teoría y en la práctica las desviaciones de derecha y de izquierda que engendra naturalmente el proceso político y que traducen en una u otra forma los intereses y las ideologías de las clases no revolucionarias. La verdad en el Partido y en el Estado, no están dadas: se conquistan y se definen como producto de la lucha de tendencias encontradas, cada una de las cuales aporta su cuota de verdad y de error al resultado final, integrando las verdades parciales en una verdad más profunda, lograda precisamente por la superación de los errores parciales y opuestos.

La Revolución no se desarrolla así linealmente, sino a través de un proceso zigzagueante, de avances y retrocesos, cada uno de los cuales posibilita un progreso ulterior. La frase leninista “un paso hacia atrás, dos pasos hacia adelante”, sintetiza esta concepción dialéctica del proceso político que él aplicó tanto en su labor para crear el partido como en sus acciones desde el poder para construir el socialismo. El establecimiento inicial del llamado “comunismo de guerra”, una vez tomado el Poder, para luego dar marcha atrás, con la famosa N.E.P. (Nueva Política Económica) que marca una retirada estratégica en los ambiciosos planes iniciales, testimonia esta flexibilidad dialéctica de Lenin, que lo distingue tajantemente de los teóricos ideologizantes que, a diferencia suya, no pueden discriminar entre la realidad, siempre concreta y compleja, y los esquemas teóricos, siempre y por definición, abstractos y simples. Enemigo implacable del oportunismo, Lenin fue sin embargo un realista, en la medida que utilizó la teoría como marco de referencia para interpretar la realidad; pero nunca como un sustituto de la misma, error en que incurren desgraciadamente muchos de los que se dicen sus seguidores. Sus célebres escritos contra el oportunismo de Kautsky, por una parte, y su libelo en contra de los dogmáticos alemanes, **El extremismo, enfermedad infantil del comunismo**, nos dan cuenta de su persistente lucha en dos frentes para desarrollar creativamente el pensamiento y la construcción socialistas.

Desde el poder, Lenin no confundió nunca su rol como dirigente máximo del Estado Soviético, con su papel de líder indiscutido del proletariado revolucionario mun -

Portal del Socialismo Chileno

Biblioteca Clodomiro Almeyda

cial. Mientras en su primer carácter supo conciliar y hasta retroceder en muchas ocasiones, como fundador y promotor de la III Internacional encarnó los intereses generales de todo el movimiento revolucionario y mantuvo una política coincidente; pero no idéntica, a la que desarrollaba la Unión Soviética como Estado particular, con intereses y problemas específicos. Fue a espaldas suyas, y sobre todo después de su muerte, que se desarrolló la peligrosa tendencia a identificar el interés de la Unión Soviética con el interés del movimiento revolucionario mundial. No veía Lenin inconsecuencia alguna entre permitir la segregación del Imperio Zarista de las nacionalidades que no deseaban seguir integrando esa unidad política, de acuerdo con el principio de autodeterminación de los pueblos, y su política internacionalista, que en la misma época lo llevaba a estimular al movimiento revolucionario en toda Europa, sin renuncios ni reticencias.

Desde el poder, Lenin desarrolló creativamente en la práctica la política de dictadura del proletariado, que teóricamente había diseñado en su libro **El Estado y la Revolución**. Supo ver en la aceptación práctica de este principio la línea divisoria que separaba a los verdaderos revolucionarios de aquellos que, pretendiendo serlo, no lograban emanciparse de la ideología burguesa, pseudodemocrática y formalista, que les impedía percatarse del carácter de clase de la sedicente democracia parlamentaria. Su lucidez teórica al respecto no le impidió valorar el significado que pudiera tener en determinadas ocasiones el uso de los medios que franquea la democracia burguesa, como las elecciones y la actividad parlamentaria, para desarrollar la política revolucionaria. En este punto como en tantos otros, supo adaptar a las exigencias de la lucha, toda suerte de tácticas de combate, sin caer en las rígidas posiciones dogmáticas que en estas cuestiones suelen incurrir muchos de sus seguidores.

La dictadura del proletariado, ejercida por mediación del partido, vanguardia y fuerza dirigente de la clase obrera, no la confundió jamás, como lo dejamos dicho más atrás, con la dictadura ejercida por el partido sobre la clase y el pueblo. Lenin procuró siempre que la democracia en el seno del pueblo, permitiera a éste ligarse auténticamente con la dirección revolucionaria. Desgraciadamente, después de su muerte, la permanente preocupación en sus últimos meses de vida por evitar la deformación burocrática y autocrática de la dictadura proletaria, no continuó en sus seguidores, que no pudieron impedir las arbitrariedades y abusos de la época stalinista.

Decíamos más atrás que un rol político importante, tanto antes como principalmente después de la toma del poder, era el saber articular adecuadamente la política con las técnicas necesarias para poder implementarla y llevarla a cabo en la realidad. Más de alguna empresa revolucionaria se ha visto seriamente comprometida por la carencia de recursos técnicos necesarios para poder operar con la realidad o por la errónea subvaloración de la importancia que las tecnologías tienen en el proceso de la construcción del socialismo.

Lenin tenía conciencia cabal de la significación de este problema. El trato especial y favorable que confirió a la burocracia calificada, y a los técnicos y a los científicos, a pesar de su reticencia y hasta su resistencia a la Revolución, revela el valor que asignaba a su contribución para poder hacer realidad los planes gubernativos. El estímulo que dio a la ciencia y a la educación superior, incluso en períodos singularmente difíciles, y los compromisos a que llegó en plena euforia revolucionaria, hasta con los capitalistas yanquis, para poder aprovechar su tecnología moderna, son indicadores decisivos en el mismo sentido. Su célebre frase, “el comunismo es los Soviets más la electrificación” demuestra la valoración que Lenin le asignaba al dominio y disposición de la técnica para poder hacer avanzar las fuerzas productivas, incluso en las condiciones del socialismo. De ahí también su empeño por estar al día en los adelantos científicos

Portal del Socialismo Chileno

Biblioteca Clodomiro Almeyda

y por colocar a la nueva ciencia soviética en el más alto nivel posible. El dominio del propio Lenin sobre las ciencias sociales, su cultura universalista y su permanente inquietud por los progresos científicos y tecnológicos, que le permitían calibrar personalmente la conveniencia de tal o cual solución técnica a un problema planteado, en función del avance de la construcción socialista, le ahorró a la Revolución Rusa muchos dolores y creó las bases esenciales sobre las que sus sucesores, significativamente Stalin, pudieron llevar a cabo la portentosa industrialización del país, durante los primeros planes quinquenales. El realismo de Lenin, condición esencial del político eficaz, puede medirse por su clara comprensión de que sin la posibilidad objetiva de dominar la naturaleza mediante la ciencia y las técnicas derivadas de ella, es imposible desarrollar las fuerzas productivas y crear así las condiciones objetivas para la construcción y consolidación del socialismo.

Alguien podría pensar que este registro estructurado de las condiciones excepcionales de Lenin, como teórico, político revolucionario y hombre de Estado, lleva el pecado de un cierto "culto a la personalidad". No es así, sin embargo. Lenin cometió errores. En su incursión por la filosofía, en **Materialismo y Empiriocriticismo**, nos parecen evidentes las limitaciones de su pensamiento en algunos aspectos. Como revolucionario, se equivocó más de alguna vez y los estudiosos han precisado ya cuáles fueron sus errores más importantes. Como estadista, desde el poder, tampoco fue infalible. Pero la verdad es, que esos errores no afectan el valor de su contribución política al socialismo, e, incluso, esos errores fueron siempre en él ocasión para superar sus puntos de vista limitados o parciales.

Lo que ocurre es que por una casualidad impresionante, que no se repite con frecuencia y que aún más, es casi estadísticamente irreplicable, se dieron en Lenin atributos de personalidad y actitudes psicológicas positivas que es muy difícil encontrar en un mismo individuo. Lo normal es que los diferentes roles que cumplen las distintas fases del proceso político se radiquen en los hechos en distintas personas, cada una de las cuales se articula bien o mal con las demás, configurando la secuencia del quehacer revolucionario.

Singularmente, la personalidad de Lenin reunía atributos y predisposiciones heredadas o desarrolladas por él mismo, que le permitieron asumir con eficacia en su persona, el conjunto básico de roles políticos que requiere el desarrollo, la culminación y la realización de la obra revolucionaria. Este conjunto de aptitudes estaba estructurado en él en función de la praxis revolucionaria, que constituía no sólo el valor determinante de sus actuaciones, sino también el canal a través del cual podía verter la energía física y espiritual que brotaba de su rica emotividad y de su impetuoso impulso vital. Fue capaz Lenin de hacer carne en él —lo que pocos pueden lograr— su propio modelo de político revolucionario, en el que en síntesis armoniosa se complementan, "el cerebro frío, con el corazón ardiente". El podía alcanzar esa cima de integridad humana. Por eso es que su genio, iluminado por el marxismo, fue capaz de cumplir a cabalidad una polifacética labor, centrada en el objetivo trascendente de hacer la Revolución, la gran pasión de su vida. Su lucidez teórica le permitió encontrar el cauce adecuado, para que esa pasión pudiera volcarse primero y trocarse después en una revolución triunfante, que abrió para el hombre la etapa más significativa y preñada de futuro de toda su historia.

Al comenzar estas líneas, precisamos la orgánica y vital articulación que nuestra época tiene con la actividad política, con la Revolución. Esa articulación específica distingue a la situación histórica en que vivimos y destaca por tanto, a la política y a los políticos como sus expresiones más plenas de sentido. En la política y entre los

Portal del Socialismo Chileno

Biblioteca Clodomiro Almeyda

políticos, Lenin sobrepasa a sus contemporáneos. A través de esta ligera revisión de la forma como se insertó en el quehacer revolucionario, hemos podido entrever por qué su política hizo historia y por qué como político ingresó a la historia.